

**JUAN ROA SIERRA: PERSISTENCIA DE UN FANTASMA
O LA EVANESCENCIA DEL MITO**

*Juan Roa Sierra: the persistence of a Ghost
or the evanescence of the myth*

LAURA ASTRID RAMÍREZ ELIZALDE *
Universidad Nacional de Colombia · Bogotá

* lauraastrid.ramirez@gmail.com

Artículo de investigación recibido: 15 de mayo del 2008 · aprobado: 29 de junio del 2008

RESUMEN

A partir de los acontecimientos desatados en el país el 9 de Abril de 1948, y centrando el análisis en la imagen de Juan Roa Sierra, presunto asesino del líder político Jorge Eliécer Gaitán, este artículo reflexiona sobre la construcción historiográfica y los preceptos temporales en que esta se fundamenta. Este hombre es el ejemplo que se utilizará a fin de analizar la forma en que la historia asume de maneras divergentes la construcción de personajes de una misma época, un mismo territorio y un mismo contexto social. Mientras el interés por los autores intelectuales del magnicidio ha sido un tema recurrente y casi obsesivo en la historiografía nacional, la referencia de la autoría material ha quedado relegada al expediente.

Palabras clave: *Juan Roa Sierra, Jorge Eliécer Gaitán, 9 de Abril de 1948, historiografía, temporalidad, mito, historia colombiana, magnicidio, crimen.*

ABSTRACT

This paper approaches the historiographic construction of the image of Juan Roa Sierra, alleged assassin of the Liberal political leader Jorge Eliécer Gaitán, based on the events unleashed in Colombia on April 9, 1948, and focusing its analysis the temporal precepts on which it is grounded. This man is the example used to analyze how history assumes, in diverging ways, the construction of characters of the same epoch, the same territory and the same social context. While the interest on the masterminds of this assassination has been a recurring, almost obsessive subject for the national historiography, the reference to the material authorship has been relegated to the record. This paper focuses on getting more acquainted with the character of Juan Roa Sierra using primary sources, historical and literary texts, and assuming the methodological importance of linking anthropology with other disciplines in order to analyze the elaboration of this character's image as an evidence of the mythological construction of culture.

Keywords: *Juan Roa Sierra, Jorge Eliécer Gaitán, April 9, 1948, historiography, temporality, myth, Colombian history, magnicide, crime.*

“¿Qué es un fantasma?, preguntó Stephen.
Un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable
—por muerte, por ausencia, por
cambio de costumbres—”.

JAMES JOYCE

El olvido es memoria y la memoria es olvido. Esta enunciación, en apariencia contradictoria, me ha llevado a reflexionar sobre el tiempo, el que se ve como pasado, presente y futuro; o aquel que se plantea como antes y después. Ambas concepciones parten de ver la historia como una línea secuencial de acontecimientos. En el primer caso, la determinación de los tres elementos (pasado, presente y futuro) dependen, primero, del momento justo en que se enfoca la mirada, pues son categorías móviles temporalmente que se modifican continuamente con el pasar del reloj; y segundo, de quién hace la mirada, esta continuidad es subjetiva y parte del punto de vista de quien observa. En el segundo caso, el antes y el después tienen como eje de referencia una disección específica en la linealidad, ¿antes y después de qué? En ambas posibilidades de contemplación del tiempo la memoria se presenta como un tejido finamente elaborado con los restos del olvido, pues la naturaleza del recuerdo es difusa. Así, al reflexionar sobre la construcción historiográfica es importante preguntarse: ¿qué es lo que se olvida y qué lo que se recuerda?

Este escrito es una reflexión sobre la ausencia, no nos lleva al reino de la nada, es el imperio de los fantasmas, resalta la carencia de las cosas que han dejado una huella que se diluye con el tiempo. En el lazo indisoluble entre pasado, presente y futuro ¿qué papel tiene este abandono? ¿cómo marca el antes y el después? A estas preguntas nos enfrentamos cuando abordamos la construcción de la memoria desde un personaje como Juan Roa Sierra, presunto asesino de Jorge Eliécer Gaitán. La sintomática ausencia de este hombre en la historiografía nacional evidencia la inequitativa selección de los personajes que tienen derecho a trascender en la historia.

La historia, labrada entre el olvido y la memoria, está llena de Juanes Roa, de personajes no recordados, escindidos. Pero no

necesariamente desaparecidos para siempre. La memoria está llena de fantasmas que tocan a su puerta y Juan Roa Sierra es el ejemplo perfecto del abandono que la historia da a un hombre que pareciera no ser digno de reconocerse como un célebre magnicida.

March Bloch nos dice: “El pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar. Pero el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin parar” (Bloch, 2006: 61). Este proceso deshace la idea de acceder al momento histórico como fenómeno puro, lo transforma en un punto focal, en una imagen de la cual se desprende un haz de conjeturas, análisis e interpretaciones. Se conjugan en la construcción del pasado nacional, la historiografía, la memoria y la mítica para construir el pasado en un presente que evoca. El pasado renaciendo se mitifica de una forma distinta a como apareció inicialmente, y diferente también a como se manifestará en un futuro; camaleón adherido al paisaje que lo contiene, pues nuestro tiempo pende del presente que lo construye, que lo vuelve fuego vivo, y mañana la interpretación que hoy se hace del 9 de Abril de 1948 no será más que cenizas del tranvía del tiempo, que cristalizadas presentarán una nueva imagen de lo sucedido.

La imagen del 9 de Abril es la génesis de un mito. Mircea Eliade (1965) señala que los hechos históricos se transforman en mitos cuando dejan de ubicarse en el transcurrir histórico de la vida profana para situarse en el campo de lo sagrado, de lo originario. En esta ocasión el suceso no se ubica en el lugar originario del *érase una vez*, o de *al principio de los tiempos*; el suceso mantiene unas coordenadas históricas definidas, el 9 de Abril se incrusta claramente en el año de 1948. Esta situación se debe a que no es una mitificación del origen del hombre o del origen de los tiempos, la narración se ha visto como una ruptura en la continuidad histórica, es un acontecimiento originario que marca la diferencia entre el antes y el después. Así se inscribe en la memoria como un hecho paradigmático y arquetípico, que conlleva a que la memoria colectiva sitúe allí el inicio de una nueva etapa social.

La producción bibliográfica en torno al 9 de Abril de 1948 no ha sido homogénea, a lo largo del tiempo varía en la cantidad, en la calidad y en las perspectivas. Las formas de contar la historia se moldean dependiendo de los paradigmas y corrientes de las épocas en las que se realiza la lectura; y la verdad se establece por los discursos y las

realidades sociales, poniendo la construcción académica en el campo de la interacción social. Así la reconstrucción del pasado se presenta como un diálogo entre épocas y actores. Juan Roa Sierra y Jorge Eliécer Gaitán son personajes construidos por las contingencias históricas de los últimos sesenta años; para estudiar a estos personajes es necesario ver más allá de la diacronía histórica de los procesos sociales e introducir en el análisis las concepciones simbólicas del lenguaje, pues el vehículo que moviliza a la colectividad a un pensamiento común es el lenguaje simbólico, mítico.

Los estudios sobre el 9 de Abril de 1948 han prestado poco interés a la figura del magnicida. Mientras la historia construye discursos sobre el pasado que tratan de unir unas huellas con otras, el narrador literato teje sobre los lugares en blanco, sobre lo que no ha trascendido en el tiempo. Son estos tenues espacios de olvido, donde tiene cabida la imaginación, el lugar desde el que se ha rescatado más claramente la imagen de nuestro personaje. Su nombre sin duda se registra en los textos históricos, cuando se retoma el expediente del caso, cuando se rastrean los móviles del crimen; pero además de la prensa de la época y del desarrollo del proceso judicial, es en la literatura donde se ha buscado caracterizar al personaje y, por tanto, es allí donde lo podemos rastrear. En *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*, Jacques Le Goff (1991: 227), hablando de la memoria colectiva y su forma científica, la historia, nos recuerda que

[...] en efecto, lo que sobrevive no es el complejo de lo que ha existido en el pasado, sino una elección realizada ya por las fuerzas que operan en el desenvolverse temporal del mundo y de la humanidad, ya por aquellos que se han ocupado del estudio del pasado y de los tiempos pasados, los historiadores.

La literatura es una de esas fuerzas que operan en el desenvolverse temporal del mundo, lo que la transforma en un dispositivo de memoria.

A la historiografía se le añade un valor agregado: la conciencia de que la historia se construye y se legitima por la sociedad presente, más que por la realidad ancestral. Esto les permite a los pueblos y a la academia emprender una lucha por la autonomía de su construcción histórica. Ello no deslegitima a la historia como constructora de

conocimiento, por el contrario, obliga a un análisis más riguroso de los actores que construyen la historiografía, a una observación más detallada de cómo se reconstruyen, interpretan y analizan los acontecimientos sucedidos permitiendo un sustento más fuerte de las coordenadas de construcción del conocimiento que legitiman la disciplina histórica.

La imagen de Juan Roa Sierra como una marioneta manejada por una fuerza política, sean los conservadores, los comunistas o los liberales, entre otros, es indicativa del proceso de construcción sociohistórico. Este hombre se fragmenta en diversas posibilidades de argumentación que justifican lo que tesis contradictorias han creído comprobar; sin embargo, los datos que podríamos llamar verídicos se restringen a su identificación y no a una caracterización profunda de su persona. En el texto de Galán (1986: 84), aparecen las palabras del juez primero superior Simón Montero Torres, en auto proferido en 1951 donde menciona que

El hombre capturado en el lugar de los hechos, es el mismo que se introdujo a la droguería Granada, el mismo que de allí se sacó para arrastrarlo por la carrera séptima, el mismo que convertido en cadáver fue abandonado frente al Palacio Presidencial, el mismo cuyo cadáver fue levantado a las dos y cincuenta minutos de la tarde por el Juzgado Primero Central, y, finalmente, él [es] a quien pertenece la cédula de ciudadanía 2.750.300 de Bogotá, y cuyo cuerpo se depositó en la fosa número 28 del Cementerio Central. Todo esto está plenamente comprobado en los autos.

Esta es la conclusión de los investigadores en el expediente del caso Gaitán. Estos hechos que se plantean como “plenamente comprobados” no contradicen la lógica de la investigación, no existe la duda histórica sobre la identidad del hombre que fue linchado por la muchedumbre y arrastrado por la carrera séptima. Sin embargo, cuando se recrea la escena del asesinato, cuando se preguntan si fue realmente Juan Roa quien disparó el arma, cuando se cuestionan por la filiación política de este hombre y por los móviles que lo llevaron a apuntar contra Gaitán, la respuesta no es unánime. Juan Roa Sierra es un caleidoscopio, que a partir de los mismos datos se le presenta a cada espectador de una forma diferente. Esta es la característica de la

imagen simbólica, mítica, poética, en la que de acuerdo a Durand “[...] no hay ruptura entre lo racional y lo imaginario; el racionalismo no es más que una estructura polarizante particular, entre otras muchas, del campo de las imágenes” (Durand citado en Garagalza, 1990: 56).



Teniendo en cuenta que la intención de este trabajo no es oponer los discursos literarios a los elaborados por los historiadores, sino reflexionar sobre las dinámicas de construcción de los personajes históricos en sus significados simbólicos, utilizaremos fuentes diversas para realizar el análisis: textos historiográficos, textos literarios y fuentes primarias. Con las diferentes versiones sobre el 9 de Abril de 1948 podemos identificar elementos comunes que permiten el reconocimiento de imágenes constantes de Juan Roa Sierra, que llaman a reflexionar sobre la construcción historiográfica.

Para comprender los diferentes relatos históricos, literarios o testimoniales, es importante el concepto de *temporalidad*; pues, la metodología utilizada para recrear este momento histórico instaura como estrategia un juego con la memoria que instituye una cercanía entre el texto y el lector. Al trascender la característica diacrónica de la historia que estudia el movimiento como procesos progresivos, las narraciones se instauran como un dispositivo que activa, en torno al recuerdo, la reconstrucción de una historia que adquiere rasgos de universalidad, dejando al lector libre para identificarse con circunstancias, personajes o sentimientos específicos. Así la doble dimensión de la narración, histórica y mítica, se presenta en términos de acontecimiento y recuerdo; el primero es finito por pertenecer al campo de las vivencias, mientras que el segundo carece de las fronteras que enmarcan el suceso. Sin embargo, la libertad de reminiscencia se circunscribe al marco que delimita la forma en que la sociedad se piensa y recuerda a sí misma, que también es reflejo de cómo la sociedad se proyecta hacia el futuro, pues el acontecimiento recordado adquiere importancia por lo que hubo antes y lo que habrá después de él.

Las fuentes servirán para ilustrar tres características principales que se asocian a la figura de Roa: la primera de ellas es la del pobre loco, imagen de una primera etapa que se refleja tanto en las novelas de la década de los cincuenta como en los primeros artículos de prensa y crónicas periodísticas. Esta imagen se justifica en una supuesta

evidencia de trastorno mental, que encuentra su argumento central en la afirmación de que Roa solía creerse la reencarnación del general Santander, la imagen se gesta en la declaración que algunos de sus familiares dan en el caso Gaitán. En el análisis del caso que realiza Galán Medellín (1986: 88) se registra:

La personalidad de Roa Sierra, según lo que acabamos de decir y exponer, parece que era esencialmente esquizoide y paranoica, es decir, que se trataba de un individuo introvertido, reservado y poco comunicativo. Si se tiene en cuenta que la personalidad de Juan Roa Sierra, era la correspondiente a un esquizoide paranoico, como parecen demostrarlo sus antecedentes y las declaraciones que figuran en el informativo.

La segunda es la imagen de un hombre que no tiene escapatoria a un destino fatal, esta imagen se justifica en el carácter humilde de Roa, en su procedencia de un estrato popular y su incapacidad para obtener un empleo, acá la figura de Roa se opone paradójicamente a la de Gaitán, quien proveniente del mismo grupo social, se transforma en héroe.

La tercera imagen es la de su carácter de cómplice, como colaborador de un actor político que planificó el asesinato de Gaitán con la intención de truncar su veloz ascenso político. Esta última idea ha tenido múltiples actores; liberales, conservadores y comunistas encarnaron el grupo político del que Roa fue cómplice, sin embargo, en el análisis del caso no se logró establecer la filiación del asesino con ninguno de estos grupos, por lo que sobrevivieron en el tiempo con mayor intensidad las dos primeras imágenes. En muchos de los relatos las tres imágenes se yuxtaponen, en algunos casos se jerarquizan y en otros no, sin embargo, los tres son elementos característicos de la descripción que se hace de Roa, siendo la siguiente una conclusión recurrente de las diferentes etapas de investigación del caso Gaitán (Galán Medellín, 1986: 45):

Juan Roa Sierra, el autor material del asesinato del jefe liberal, había nacido en Bogotá el 24 de noviembre de 1921. De profesión no definida y con un nivel muy humilde. Escaso de recursos pecuniarios hasta ser paupérrimo y sin probabilidades de obtenerlos dado el crónico estado de fabulación que lo mantuvo por completo

aislado de su mísera realidad. [...] Este hombre insignificante al parecer, esquizofrénico, sin embargo mantenía un exacerbado resentimiento por su condición de desprotegido, y la escasez de los dineros para vivir.

Los textos literarios, historiográficos y las fuentes primarias son el centro de análisis utilizado para estudiar al personaje antagonista del 9 de Abril de 1948. Sin embargo, el análisis se centra en el primer género, el literario, pues la literatura como lenguaje artístico, fundamentalmente simbólico, rescata los rasgos más característicos de los sucesos y los personajes para darles vida en la narración.

La literatura inspirada en el 9 de Abril y surgida en la época de mediados del siglo xx es anecdótica y, según algunos críticos, carece de calidad estética. Pese a esto, la imagen de Juan Roa Sierra que se presenta en esta primera oleada bibliográfica ya esboza los trazos principales con los que se reconoce, aún hoy, al personaje. Gómez (1951: 113-115) lo caracteriza de la siguiente manera:

Se trataba de un hombre delgado y desgarrado, de compleción física extremadamente pobre; de grandes ojos inexpresivos y movimientos mecánicos de maniquí automático, [...]. El hombre con gesto de idiota, se encasquetó el sombrero y siguió adelante, como impulsado por una fuerza oculta.

La descripción de Juan Roa Sierra como un “hombre pequeño en el que nadie había reparado”¹ (*El Tiempo*, 1948) se instauró desde un primer momento y ha persistido a lo largo del tiempo. Juan Roa ha sido visto tan pequeño en la historia de Colombia que aún la gente suele no reparar en él. El fragmento citado anteriormente corresponde a una breve novela, *El 9 de Abril*, publicada en 1951 y pertenece a una serie de novelas que se han categorizado como “seudoliteratura”, pues su interés se encuentra más cercano a la crónica que a la producción artística². Son relatos con una intención testimonial, presentan

1 Es justamente esta la descripción que aparece de Juan Roa Sierra en la edición del periódico *El Tiempo* posterior al 9 de Abril de 1948.

2 María Mercedes Andrade en *La ciudad fragmentada: una lectura de las novelas del Bogotazo*, se plantea que: «Si bien es cierto que existe una enorme literatura sociológica, histórica y política del fenómeno de la Violencia de Colombia, es

estereotipos como signos de un significado directo en donde se anula el sentido; el lenguaje artístico y la multiplicidad del símbolo quedan restringidos y se erige el estereotipo mutilador de la imagen, entonces esta ya no invita a la imaginación evocadora, sino que implica un mensaje limitado, una idea básica de los acontecimientos.

Este tipo de relatos nos sirven para identificar algunos rasgos fundamentales que se han tomado como reveladores de la imagen de Roa, descripciones que han sido evidencia de la “verdadera personalidad” del supuesto asesino. Sin embargo, la idea de representación social tomada como un elemento al que se le puede adjudicar un valor de verdad, como un reflejo verdadero o falso de *La Violencia* o de Juan Roa Sierra, es restringida y quizás inalcanzable, indeseable por su estatismo; lo interesante consiste en comprender la producción, el sentido y la afectación de estos reflejos en la praxis de la vida social, reflejos múltiples, verdaderos y falsos en su dinamismo. Lo valioso de estas primeras representaciones del 9 de Abril es que al observar las expresiones de nuestro pensamiento en una época pasada podemos develar en el recorrido histórico el movimiento de nuestro pensamiento simbólico. Nuestro pasado es imagen, memoria y olvido; imagen sincrónica que acuna la historicidad entera en el momento en que vemos en ella los significados, pues el sentido nace de un parto conjunto entre el espectador y la imagen.

El cruce de los diferentes tipos de fuentes nos permite revelar la imagen mítica del personaje. La literatura basada en la violencia histórica como contexto o eje de la trama que se desarrolla es una expresión artística que evidencia lo artificioso de las fronteras establecidas entre ficción y realidad. La imagen que se presenta en la novela de la primera oleada bibliográfica es el boceto del retrato de Juan Roa Sierra que se irá consolidando con el paso de los años, la misma imagen que se presentó desde un primer momento en las revistas y periódicos publicados a finales del mes de abril y durante el mes de mayo de 1948, cuando después de los incendios lograron publicarse las primeras

muy poco lo que se ha dicho sobre las obras narrativas que se ocupan de este tema. Como ha señalado Lucila Inés Mena, este silencio se debe en parte a que la novela de la Violencia, con conocidas e ilustres excepciones, ha sido considerada como “pseudoliteratura”, que debido a su carencia de distancia se aproxima más al testimonio o al documento sociológico» (Andrade, 2002: 4).

noticias del 9 de Abril. Sin embargo, nos centramos en dos novelas contemporáneas porque en ellas se evidencia lo que podemos llamar “el carácter antropológico de la novela”.

La historia del desarrollo de la novela como género literario ha estado marcada por las disertaciones sobre las apuestas axiológicas que en ella se plantean; del idealismo acérrimo se ha pasado paulatinamente a una postura realista que, a lo largo del desarrollo de la modernidad, marcó la pauta revolucionaria de la novela como antropología, caracterizada por la búsqueda de verosimilitud que se exigía a sí misma como respuesta al advenimiento del proceso moderno, reafirmando su papel histórico y sociológico. En la modernidad el hombre es ambiguo, así que al origen de cualquier producción de conocimiento se le marca la duda. Las formas literarias de la modernidad —la novela— registran un proceso de inquietud, el no saber del hombre, el cuestionamiento al mundo.

En los últimos años se han publicado dos novelas sobre el 9 de Abril de 1948: en el 2005, *El cadáver insepulto*, de Arturo Alape; y en el 2006, *El crimen del siglo*, de Miguel Torres; este último es uno de los pocos textos que ha rescatado la figura de Juan Roa Sierra como un personaje central, en este caso, el protagonista de la novela. Ambas novelas, gracias a la distancia temporal de los sucesos, recogen la memoria colectiva que se ha construido en torno al 9 de Abril.

Cuando el escritor literario se refiere al hecho histórico activa en la conciencia de sus lectores un recuerdo que los identifica y sensibiliza; la asociación de la literatura con un momento determinado influye directamente en el proceso de evocación; en este proceso se construyen idearios sociales en los que la memoria es un actor dinámico que se alimenta constantemente de las nuevas experiencias y representaciones. En la novela histórica, género en el que se pueden vincular las dos novelas que hacen parte fundamental del cuerpo de análisis, la imaginación, y con esta la creación del texto ficcional, es una actividad que parte de la realidad histórica y sociológica para unificar en la novela la investigación social y la creación artística; y presentarla como el universo donde imaginación y realidad configuran una totalidad que activa la memoria social. Así, la imaginación, que hace parte de las formas de representación con las que el mundo es apprehendido, se constituye como parte fundamental de la construcción de realidad.

El hecho histórico se presenta al investigador literario, al igual que al historiador, como un fenómeno al que se pretende acceder por medio de pistas e indicios. La perspectiva policiaca del personaje que sigue las huellas de Juan Roa Sierra en *El cadáver insepulto*, nos recuerda las reflexiones de Carlo Ginzburg, quien plantea que el conocimiento del historiador es indicial, y lo define como la capacidad de hacer profecías retrospectivamente (Ginzburg, 1989). Como el oficio del detective, la construcción histórica se fundamenta en la concatenación de los indicios, pistas o huellas que explican los fenómenos³. Así se ilustra el operar de la investigación en la novela de Alape (2005: 61), quien tomó como personaje protagónico a un narrador detectivesco que está basado en la figura de Felipe González Toledo, cronista policiaco de los años cuarenta y personaje fundamental en el desarrollo de los sucesos del 9 de Abril:

Regué sobre el escritorio las fichas del tarjetero y en una especie de juego de cartas comencé a contar los Juanes Roa Sierra, Juan Manuel, Juan José y así fui eliminando los nombres hasta que quedó reducida a unos cinco o seis. Juego de pálpitos: hasta allí llegaban mis deducciones, ahora requería los dedos del cadáver del asesino para la comprobación definitiva de sus huellas.

La diferencia entre el historiador y el detective o el cronista, radica, justamente, en la escala temporal, pues la escala de trabajo de la investigación histórica desborda las fronteras del acontecimiento; no solo debe tener en cuenta las huellas que dan la explicación de un hecho específico, sino que tiene que tomar el hecho en sí como la huella de un fenómeno dilatado en el tiempo que no se ata a la fecha concreta; sin embargo, los indicios son muchas veces los mismos. Como en la novela histórica, los puntos focales desde los que se desprende la narración coinciden con el registro del pasado. El personaje de la novela de Alape (2005: 63) señala que

3 Ginzburg establece una analogía entre el método investigativo del historiador de arte Morelli, Sherlock Holmes y Freud. Esta relación se basa en el modelo de la “[...] sintomatología, o semiótica médica, la disciplina que permite diagnosticar las enfermedades inaccesibles a la observación directa por medio de síntomas superficiales. A veces irrelevantes a ojos del profano” (Ginzburg, 1989: 143).

La dactiloscopia necesita de un lento proceso de observación. Se trata de la identificación de una sola huella dactilar. Entrece-
rrando los ojos como si fuera un relojero, me puse a comparar con
el auxilio de una lupa, cuestión de minutos, las huellas del pulgar
derecho de los seis Juanes y de pronto, emocionado por un extraño
pálpito, di un fuerte alarido en la salida del Cementerio Central.

En el expediente del caso Gaitán (en Galán Medellín, 1986: 80) se
procede de la misma manera para la identificación de Juan Roa Sie-
rra, donde se registra:

Procedimos pues a efectuar el estudio analítico comparativo,
eligiendo la impresión del dedo pulgar derecho de la tarjeta ne-
crodactilar y la impresión de este mismo dedo pulgar estampada
en el dorso de la cédula de ciudadanía 2.750.300. De este estudio
comparativo pudimos llegar a la conclusión plena de que tanto el
dactilograma estampado en la cédula de ciudadanía mencionada
como el visible en la tarjeta necrodactilar fueron producidos por el
mismo sujeto o sea el que manifestó llamarse Juan Roa Sierra en el
momento de la expedición de la cédula número 2.750.300.

Al igual que en la construcción historiográfica, la labor investiga-
tiva del cronista parte de los indicios o datos registrados, porque como
nos recuerda Ginzburg, “el conocimiento histórico, como el médico,
es indirecto, indicial y conjetural” (Ginzburg, 1989: 148). ¿Pero ade-
más de los datos posteriores a su muerte, dados en la autopsia y en
los ambiguos testimonios, qué otra información tenemos de la figura
de Roa? Acá los datos de la investigación son restringidos y aun así se
han elaborado los análisis historiográficos del asesinato. La historia se
alimenta de las fuentes, pocas o muchas, que permanecen en el tiem-
po; la novela histórica procede de la misma manera. Hernando Téllez,
otro cronista policiaco, redactor de la *Revista Semana* en 1948, descri-
bió a Juan Roa como un “extraño individuo” al que se pudo identificar
rápidamente por la pericia de Felipe González Toledo. En este caso es
la actividad detectivesca de González Toledo la que alimenta la histo-
ria, la crónica y la novela. En Téllez (1948), se describe la situación así:

Durante dos días el cadáver del asesino quedó frente al Pala-
cio Presidencial. Aunque los funcionarios del Juzgado Permanente

practicaron la diligencia del levantamiento, no lo pudieron retirar de allí por el intenso tiroteo. Cuando el ejército pudo, lo recogió con otros centenares de cadáveres hallados en calles y plazas y lo llevó al Cementerio Central. Entre esa trágica montaña quedó confundido. Afortunadamente Felipe González Toledo, cronista de *El Espectador* pudo conseguir la cédula de ciudadanía que llevaba el criminal. Así se supo su nombre: Juan Roa Sierra y se obtuvieron las primeras pistas.

La memoria tiene un potencial político capaz de dirigir la acción social, y en ella permanecen elementos de resistencia, imágenes condenadas al olvido que logran escapar a su castigo. La verdad, la historia, el pasado son, al igual que cualquier idea que se comparte socialmente, la convergencia de creencias que se legitiman mediante discursos sociales. La idea que construimos del pasado debe ser indicativa de nuestras expectativas sociales, pues, como ya hemos dicho, el recuerdo prescribe un antes y un después, pasado y futuro que convergen en el presente que rememora; y la memoria no es solo recuerdo, es la construcción de historias en torno a este.



Hemos hablado de dos formas de concepción temporal: por un lado, tenemos el antes y el después, donde el 9 de Abril se presenta como una disección en la linealidad, marcando una ruptura y con ella el inicio de un nuevo ciclo, al que algunos investigadores denominaron *La Violencia*; y por otro, tenemos la secuencia pasado, presente y futuro. Ahora nos dedicaremos a esta segunda división temporal clave para la construcción histórica.

Las investigaciones sobre el 9 de Abril de 1948 han tomado como una de las principales herramientas metodológicas la elaboración de entrevistas y la recopilación de testimonios de personas que vivieron los hechos para resaltar la legitimidad del *estar ahí* como prueba de veracidad de la interpretación. En estos relatos se presenta la idea de un futuro perdido, el futuro fundado en las ideas políticas de Jorge Eliécer Gaitán. Él representaba el progreso social y el 9 de Abril es visto como esa disección histórica en la que se destruye el camino hacia ese posible porvenir, que ya se había vislumbrado desde la candidatura presidencial de Gaitán en 1946. La imagen del futuro que se presenta

en algunos textos sobre el 9 de Abril es un tiempo potencial, una trunca materialización de las expectativas sociales de la época, ejemplo de esto son los testimonios de los gaitanistas después de la muerte de su líder, que son registradas por Alape (1985).

Podemos identificar que este porvenir se bifurca en dos perspectivas fundamentales: la primera de ellas marcada por una visión de la planificación social en un sentido progresista, es el mañana labrado por la conciencia humana, sea individual o colectiva, y la acción se motiva por el porvenir. La segunda se fundamenta en la incertidumbre: esta puede presentarse como un destino preestablecido por una fuerza externa a la humanidad, desde esta óptica el futuro es algo que ya está dado, desde el momento del nacimiento se ha jugado la suerte de la vida entera, de tal manera que el futuro ya existe pero no se conoce; o puede presentarse como la idea del no futuro, es decir, el futuro no se piensa como una construcción o como una proyección hacia el mañana, sino que se va construyendo en el día a día; en esta última perspectiva, la posibilidad de transformación del mañana se encuentra atada a la suerte del presente, una especie de juego de azar que les permite a los sujetos ir apostando a lo largo de su vida algunos de sus deseos.

Estas perspectivas se ejemplifican con las figuras de Juan Roa Sierra y Jorge Eliécer Gaitán. Mientras Gaitán se erige como símbolo del progreso y de la planificación nacional, Roa encarna la incertidumbre del porvenir y el sino de la fatalidad. Esta diferencia de concepciones de futuro se relaciona directamente con las formas en que la historia incluye a los personajes y selecciona los acontecimientos que forman el conjunto sobre el que se entreteje su legado. Mientras aún hoy se enseña en las escuelas que Gaitán es un héroe de la patria, la figura de Roa renace en el lenguaje novelesco, pero en los textos escolares e historiográficos ha quedado relegada y circunscrita a una imagen pobre.

Sandra Rodríguez (2008) analiza la manera en que el Ministerio de Educación Nacional asumió e implantó las políticas después de 1948, para ello muestra cómo el Estado generó un ámbito educativo que condujera al civismo y al olvido. El texto inicia justamente con esta cita de Elizabeth Jelin (2002: 30):

Toda política de conservación y de memoria, al seleccionar huellas para preservar, conservar, rememorar, tiene implícita una

voluntad de olvido. Esto incluye por supuesto a los propios historiadores e investigadores que eligen qué contar, qué representar o que escribir en un relato.

El Ministerio de Educación Nacional, después de abril de 1948, se interesó en vigilar la planificación y el desarrollo de la enseñanza, razón por la cual aumentó la educación sobre la historia patria en primaria y secundaria; convirtió las escuelas en marcas territoriales de carácter conmemorativo, manteniendo de manera permanente la bandera y el escudo en los centros educativos, al igual que los retratos de Simón Bolívar y de Francisco de Paula Santander, además se empezaron a realizar izadas de bandera como conmemoraciones a la patria y reconocimiento del buen comportamiento. En los textos escolares publicados entre 1949 y 1967, Sandra Rodríguez identifica tres elementos básicos en la evocación del 9 de Abril que contribuyeron con el olvido del movimiento gaitanista y el posible futuro que representó Gaitán: primero, la afirmación de que fue un atentado de “izquierdistas” y “apóstoles de Moscú” contra el orden institucional del país; segundo, el pueblo saqueador, dedicado al asesinato y a la traición, que se subleva contra el patrimonio cultural, la Iglesia y el comercio; y finalmente, se ilustra la idea de que el entonces presidente, Mariano Ospina Pérez, fue el héroe del 9 de Abril por salvar la institucionalidad. El texto muestra cómo el gobierno contribuyó a invisibilizar el movimiento popular y la movilización de los diferentes sectores del país, presentando a Mariano Ospina Pérez como el héroe de la patria y a Jorge Eliécer Gaitán como una víctima del comunismo internacional, a quien se le da un carácter de héroe caído, de mártir de la nación. Por su parte, a Juan Roa Sierra apenas se le menciona: «Del asesino solamente se menciona que era un desconocido y que momentos después fue “linchado por las turbas que se congregaron en el sitio del crimen”» (Rodríguez, 2008).

Mientras la muerte de Gaitán aún convoca en cada conmemoración, la imagen de Roa no tiene la misma cabida en la historiografía y renace en el lenguaje novelesco, en la crítica simbólica del arte. La muerte de Gaitán significó en su momento la muerte de esa idea progresista y planificada del futuro; pero la imagen simbólica de Roa ha sido la encargada de cargar con tal fatalidad.

“En las conversaciones que teníamos siempre se interesaba mucho Roa Sierra en preguntarme cuál sería su suerte inmediata” (Archivo Jorge Eliécer Gaitán, Universidad Nacional de Colombia [UN]: caja 47, fol. 48-51)⁴ declara en el expediente de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán el quiromántico Juan Umland, a quien Juan Roa solía visitar como afirma el declarante. El personaje que ha pasado a la historia por haber disparado a uno de los líderes políticos más importantes del siglo xx en Colombia manifiesta la angustia por la incertidumbre de su futuro, por el desconocimiento de su suerte, y caracteriza el abandono que la historia le da a un hombre común. Roa Sierra logró trascender los límites de su muerte a causa de haber disparado al cuerpo de Gaitán, pero ha sobrevivido en el tiempo como un pobre diablo, se ha considerado la última ficha de una estructura que no logró descifrarse, ha sido visto como el autor material enviado por crueles asesinos que han permanecido en la impunidad. «Ya va siendo tiempo de privilegiar en el expediente sobre el 9 de Abril, casi con rango de prueba reina, esta sentencia proferida por el magnicida: “Sólo tengo que hacer la vida. Y solo, tengo que seguir”» (Duque, 1997: 118).

El crimen del siglo, la novela de Miguel Torres, rescata la figura de Roa Sierra y la desarrolla a partir de la evocación del narrador que muestra las circunstancias azarosas del destino que tienen a Roa a punto de acabar con su vida. La novela inicia con la visita que hace Roa Sierra al quiromántico, personaje inspirado en el mismo Juan Umland que en el testimonio del caso Gaitán hace manifiestas las inquietudes de Roa por su suerte. En la novela esta visita se presenta como un último esfuerzo por detener el destino ya trazado pero desconocido (Torres, 2006: 13).

El viernes 9 de abril de 1948 en las horas de la mañana un joven obrero sin trabajo llamado Juan Roa Sierra llegó al consultorio del astrólogo alemán Johan Umland Gert con las agallas previamente infladas para no desfallecer cuando lo tuviera delante de sus

4 En el momento de la consulta, febrero del año 2008, la División de Archivo y correspondencia de la Universidad Nacional se encontraba elaborando el catálogo del material, pues el archivo de Jorge Eliécer Gaitán había sido recientemente trasladado de la Casa Museo Jorge Eliécer Gaitán. Por lo tanto, la ubicación de los apartados del archivo acá mencionados pueden no corresponder con la nueva catalogación.

ojos. [...] He sabido, arrancó por fin, y no me pregunte cómo, que hoy piensan asesinar a Jorge Eliécer Gaitán. El impaciente Umland chasqueó la lengua, eso se oye decir todos los días, Juan, no le pare bolas a esos rumores. No son rumores reviró Roa Sierra. ¿Y usted cómo lo sabe? [...] Roa Sierra lo encaró sin pestañear. Porque el que va a matarlo soy yo. [...] Usted no es capaz de matar ni una mosca Juan, como si no lo conociera.

No cualquier persona puede revelar verdades, estas solo se creen cuando las dice aquel que tiene la investidura social que acredita al personaje, que lo enviste con el don de la palabra y la sabiduría. Juan Roa no era visto más que como un pobre hombre, quizás con algunos rasgos de desequilibrio mental que preocupaban a su madre por tenerlo al borde de la locura como a su hermano Gabriel, recluido en Sibaté; ella misma lo manifiesta así en el testimonio que da en la investigación del asesinato. ¿Cómo creer que un hombre como Juan Roa Sierra sería la causa de lo desatado el 9 de Abril de 1948? El quiromántico no pudo verlo, la insignificancia de la presencia de un personaje como Juan Roa le encegució la mirada, en esas manos no vio a un magnicida, solo a un joven humilde que no era capaz de matar una mosca, ¿cómo iba a ser digno de asesinar al personaje protagonista de la política nacional? Al parecer, las investiduras sociales son más fuertes que las artes adivinatorias y seguramente lo que más sobresalía en las manos de Roa eran las líneas que van grabando la vida misma en las manos de la gente humilde.

La apertura y el cierre de la novela de Miguel Torres presentan a Roa Sierra como un condenado. Él, el loco, en la novela advirtió el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, y ni siquiera el adivinador lo creyó, “eso se oye decir todos los días, Juan, no le pare bolas a esos rumores”, complicada situación para un personaje carente de persuasión, él anuncia el futuro, pero no puede evitarlo; reflejo de la vida de un hombre que pareciera no tener escapatoria. Gaitán, símbolo del porvenir, representante del progreso, nunca vivió el futuro por él señalado, futuro prometido en un pasado, futuro que hoy no es presente.

El tiempo en la novela de Miguel Torres se manifiesta desde el presente del narrador que reconstruye lo sucedido a Juan Roa Sierra en un relato conjugado en pasado. La historia se desarrolla desde la

visita de Roa al quiromántico hasta su muerte en manos de la multitud, dando paso al “Bogotazo”. La totalidad del relato no transcurre el 9 de Abril, el narrador va evocando e hilando una serie de acontecimientos que terminan por configurar *El crimen del siglo*. A lo largo de la novela, el lector descubre los axiomas que estructuran el pensamiento de Roa. El texto aborda lentamente los diferentes aspectos de la vida del joven que se ven frustrados por la falta de empleo; en la vida familiar se refleja la imposibilidad de sostener su propio hogar, la relación con su madre es de dependencia económica y con sus hermanos de inferioridad social; sus intentos por conseguir un trabajo fracasan uno tras otro, es un ser atado indisolublemente a condiciones socioeconómicas de absoluta limitación. Roa Sierra deposita todas sus esperanzas en la fe, en Umland, que de cuando en cuando puede prestarle un peso y darle pistas sobre su destino y su suerte. La novela va y viene en el tiempo, es el 9 de Abril el eje del viaje temporal, el punto de convergencia.

La narración en pasado da a la novela un carácter de inmutabilidad, lo que ya fue así pasó y no puede transformarse, circunscribiéndose al fatal final histórico de Roa. La novela inicia y concluye en el fatídico viernes 9, pero cada uno de los capítulos salta en el tiempo para explicar el camino que ha llevado a Juan Roa a ese día. Reflejo de la construcción historiográfica que ha presentado esta fecha como fin e inicio, muerte y nacimiento de procesos históricos que configuran nuestro presente nacional. El relato se elabora tras las pistas que llevan a Roa al momento de cometer el crimen y se teje por una serie de sucesos azarosos que lo van encerrando en las circunstancias hasta tenerlo al frente de Gaitán con el arma dispuesta a disparar. Ya embargado por la mayor desesperanza y resignado a su fatídico destino de asesino, parado al frente del edificio Agustín Nieto, Roa Sierra esperaba su misión. Torres (2006: 347), lo cuenta así:

Ahora lo esperaba del lado sur, luego era más ventajoso que saliera hacia el norte para que le fuera dando la espalda de una vez, y eso fue lo que ocurrió, vio a Gaitán de espaldas a él, de abrigo y sombrero, atento a la voz que susurraba en su oído, pero en ese mismo instante, más allá, como entre los velos cenagosos de una tormenta, alcanzó a distinguir la silueta de un hombre que levantaba el brazo con un objeto brillante en la mano. [...] se oyó un

disparo seguido muy de cerca por otro al que sobrevino un silencio de muerte que estalló con el tercer disparo.

Este fragmento de la obra insinúa que no fue Juan Roa Sierra el autor material del crimen. La novela es cruel con su protagonista, pues al no conferirle la autoría del asesinato de Gaitán, causa de su propia muerte, erradica cualquier esperanza de que su vida estuviera designada a algo grande, inquietud constante que atormentó su alma. Juan Roa, quien ha creído ser la reencarnación del general Santander (como se registra en el expediente del caso Gaitán), tiene el anhelo constante de que su suerte cambie, ha renunciado al suicidio pensando que aún tenía posibilidades, que no debía poner fin a su vida. La conciencia del personaje ha decidido no entablar el encuentro con la muerte y trata de evitarlo y posponerlo por todos los medios que tiene a su alcance. Al borde del Salto del Tequendama, Juan Roa reflexiona arrepintiéndose de acabar con su vida (Torres, 2006: 27):

Es verdad, recapacita, uno puede cambiar su suerte, pero para eso es necesario estar vivo, recobrar los sueños, trazarse un futuro, confiar como lo venía haciendo desde muy joven, en que el destino lo tiene reservado para hacer grandes cosas. Ya llegará su día.

El último intento que hace Juan Roa por recobrar sus sueños es la conversación que entabla con Umland, dejando en él la última esperanza de cambiar su destino. En la primera parte de la novela se presenta a un hombre que oscila entre la esperanza y la caída, angustiado constantemente por no poder escapar de las condiciones sociales que enmarcan su actuar y amarran la realización de sus sueños. Lo que tiene a Juan Roa a punto de saltar por el Tequendama no es el peso de la idea de cargar con la muerte de Gaitán, que lo acompañará después de descubrir su fatídica misión; lo que ha llevado a Roa a pagarle al fotógrafo que se encargará de capturar el momento justo de su salto es la situación socioeconómica que ha atravesado a lo largo de su vida, o mejor, la pobreza que lo ha acompañado y lo ha distanciado de su esposa y su hija. Roa Sierra es el símbolo del pueblo, de ese pueblo que quiso representar Gaitán, pero es Juan Roa quien lo encarna en su máxima expresión, es él la escenificación de la humanidad arrojada a las circunstancias.

Lisandro Duque en *Todo lo del pobre es robado* (1997) advierte la tragedia de Roa Sierra y la ejemplifica magníficamente con los datos proporcionados por la reconstrucción testimonial que se presenta en el expediente de Gaitán. En el texto se introduce la posibilidad de que fuera el mismo Juan Roa Sierra el autor material e intelectual del asesinato. Roa encarna la tragedia de un pueblo en la tragedia de un hombre, a quien se le ha desconocido la posibilidad de actuar bajo su propia ley. La construcción historiográfica en torno al asesinato refleja las luchas de poder por el conocimiento y las luchas de poder político, cuyo cimiento lo encuentran en valores sociales que median el “deber ser” y marcan la planificación de la vida colectiva. “Como si al caudillo sólo pudieran detestarlo los oligarcas y no este humilde ciudadano que en mala hora pudo distinguir, decepcionándose, la diferencia entre el Gaitán público y el Gaitán real” (Duque, 1997: 118). Lisandro Duque allí mismo (1997: 117) plantea:

Si no fuera porque la autoría intelectual de ese crimen se la disputan, a punta de eludirla y atribuírsela al siguiente, candidatos de tan diversos pelajes (la CIA, el comunismo internacional, el conservatismo, el liberalismo de centro, etc.), yo contribuiría a la confusión, afirmando que en lugar de haber sido reclutado por quienes estaban dispuestos a pagar, puede que Roa Sierra haya reclutado a quienes le pagaron, pero reservándose el derecho de ir de socio en la empresa, pues se sentía inspirado para cometerla. Pero como todo lo del pobre es robado, a Juan Roa Sierra se le han negado los créditos intelectuales del magnicidio, como si fuera una ley inviolable que las gentes del común, cuando se trata de homicidios célebres, sólo pudieran ser instrumentos de agencias misteriosas, en vez de seres independientes con odio propio.

Rafael Galán Medellín (1986: 10) cita a Quevedo diciendo “que es preciso decir lo que fuimos, para disculpar lo que somos y encaminar lo que pretendemos ser”. Esto ejemplifica el lastre de la violencia que nos hemos encargado de cargar como sociedad y justifica constantemente la violencia actual con el pasado histórico y la necesidad de transformar el porvenir; el 9 de Abril de 1948 se asocia al origen de la caída. El texto de Galán expone las diferentes hipótesis de autoría intelectual presentadas en el caso, y se declara en frontal desacuerdo con la

conclusión tomada por el jurista a quien se asignó en primera instancia el caso Gaitán, quien concluye la inexistencia de autoría intelectual en el crimen. El magnicidio ha pasado impune a lo largo de la historia, y esta impunidad es la que permite que se cobren múltiples venganzas.

Duque presenta la historia de Roa Sierra como una evidencia de la situación nacional: “El que haya sido también el ejecutor material sólo corrobora la precaria división del trabajo y el carácter artesanal del país de aquel entonces” (1997: 118). La situación social de Juan Roa Sierra, situación de hombre del pueblo, no le permite construir una relación con Gaitán que sea, como quizás Roa lo esperó, símil de la relación entre el general Santander y el libertador Simón Bolívar. Santander intentó asesinar a Bolívar, el intento no fructificó y se condenó al general a muerte; sin embargo, la condena fue revocada y el destino de Santander cambió su rumbo al punto de conducirlo posteriormente a la presidencia. Pero Roa no era un general, sólo era una parte de colectividad sin rostro propio, gente del común. Mientras que la imagen del político se erige como la del prócer libertador y “la sombra de Bolívar se agranda sobre la muchedumbre cuando Gaitán finaliza su discurso” (Torres, 2006: 107), el precio que debía pagar Roa por aparecer como un personaje antagónico en la escena nacional y en medio de un episodio tan célebre, era la muerte, y no tenía perdón. La cadena de venganza se disparó y los verdugos del magnicida fueron otros hombres arrojados a las circunstancias y sin derecho a rostro propio, asesinos del asesinato que terminaron siendo fulminados por los más crueles, aquellos que sí tienen un rostro pero que se jactan de cubrirlo: el pueblo fue baleado por el Estado.

Mientras al general Santander el destino y la historia le ayudaron a redimir su crimen, al pobre Juan, que soñaba ser como él, el destino y la historia le han cobrado con su vida un crimen del que aún no se tiene la certeza de que sea el responsable; y una vez lo ha pagado con sangre, le han quitado el crédito de haber planificado, motivado por sus más hondos sentimientos y largas reflexiones, el asesinato del caudillo. Es el mito lo que permite hacer la asociación entre Bolívar y Gaitán, el pensamiento se moviliza por la referencia de imágenes mitificadas por la historia. Pero no podemos establecer tan claramente la relación entre Roa y Santander, Roa no fue un prócer. La pretensión de Roa que se ilustra en *El crimen del siglo* de labrar un futuro

de grandeza marca la tensión de la novela, donde Roa indaga por la reencarnación con la expectativa de justificar el renacimiento de Santander en su cuerpo; el sacristán con quien entabla el diálogo descarta la posibilidad de que su alma sea la de un personaje magno, diciendo (Torres, 2006: 85):

Le hablé del molde perfecto, ¿no es verdad? Lo que sucede es que unas almas como las de esos grandes hombres que usted ha mencionado van tejiendo su inmortalidad a través de otros seres predestinados a ser tan grandes como ellos. ¿O usted cree que los personajes que rigen los destinos del mundo van apareciendo así como así, por generación espontánea?

Roa Sierra añora ser la reencarnación del general Santander. La obsesión por la grandeza lo mantiene en búsqueda de señales esotéricas que le indiquen el camino. Esto se ejemplifica en la escena en que emprenden la búsqueda de un tesoro en los Cerros Orientales de Bogotá; en el estudio del caso Gaitán, Galán Medellín (1986:45) se justifica de esta manera:

Su carácter huraño, introvertido y fácilmente sugestionable por cualquier tipo de estímulos oscilaba entre extravagantes fantasías y la búsqueda de tesoros ocultos, desde luego inexistentes. Era un inconforme de tono menor, en la maligna realidad de su pobreza vergonzante.

La evidencia del alma errante de Roa se dibuja perfectamente en la despedida que da a un amigo antes de presentarse en la escena donde morirá él, Gaitán y centenares de personas: “Si los indios no me matan y las fieras no me comen, nos volveremos a ver” (Duque, 1997: 118).

La apuesta de Roa está en cambiar su suerte, oscila entre la esperanza de que la pueda cambiar y la desesperanza al pensar que su condena no tiene reverso. Es Roa Sierra la representación de esa forma de concebir el futuro como algo incierto. En la novela, cuando aparece en su vida la posibilidad de salir de su agobiante situación de desempleo y su papel de asesino, ve el futuro como un juego de azar donde aún puede tener la posibilidad de cambiar su suerte y superar la oleada de malas jugadas, y el movimiento de sus acciones adquiere un potencial transformador.

No obstante, cuando cae en la desesperanza, la incertidumbre del futuro se presenta con un mañana oscuro y tenebroso, incierto e inalterable, y al parecer es este finalmente el camino que se consume con su muerte en el último capítulo, justamente titulado “Sombras en las tinieblas”. Sin embargo, el futuro que para Juan es incierto, para los lectores no lo es, y el hombre está condenado desde el epígrafe de la novela “El que nace desgraciado desde la cuna comienza a vivir martirizado” (Guapungo mexicano puesto como epígrafe en Torres, 2006).

Mientras Roa Sierra representa la incertidumbre del futuro en un movimiento pendular entre la esperanza y la desesperanza, Gaitán representa la planificación del porvenir individual y colectivo. Así reza su célebre discurso en la Marcha del silencio, el 7 de febrero de 1948, con el cual demuestra la fuerza para crear el mañana bajo la reflexión del pensamiento humano:

No me he engañado cuando he dicho que creo en la conciencia del pueblo, porque ese concepto ha sido ratificado ampliamente en esta demostración, donde los vítores y los aplausos desaparecen para que sólo se escuche el rumor emocionado de los millares de banderas negras, que aquí se han traído para recordar a nuestros hombres villanamente asesinados.

Señor presidente: [...] Esos espíritus de mala intención callarían al simple imperio de vuestra voluntad. Amamos hondamente a esta nación y no queremos que nuestra barca victoriosa tenga que navegar sobre ríos de sangre hacia el puerto de su destino inexorable.

Gaitán cree cien por ciento en la fuerza transformadora del hombre, lo cree en la vida colectiva y en la individual, en la pública y en la privada; en la correspondencia que mantenía con su esposa Amparo Jaramillo, ella —reafirmando la posibilidad de planificar el futuro— le escribe en una carta de 1934: “Lucharemos íntimamente unidos y el porvenir es nuestro. Venceremos al destino si el destino se opone. Si tú me quieres como yo a ti, seremos vencedores y no vencidos” (UN: caja 48, fol. s. n.).

El destino de Roa, por su parte, navegaba hacia otro puerto inexorable. “En el índice de su mano derecha llevaba el anillo cabalístico de acero con una calavera y las tibias entrelazadas que recuerdan el inescapable final de los hombres” (Galán Medellín, 1986: 46). La sortija

permaneció con él durante su recorrido a lo largo de la carrera séptima, durante su estadía, primero en el Capitolio como la bandera de un pirata que señala la isla conquistada, y, finalmente, en el Cementerio Central como testimonio de un naufragio.

En el expediente del asesinato de Gaitán se plantea que el 9 de Abril de 1948 no había sido el único encuentro entre Roa Sierra y el caudillo. Anteriormente él había hablado con el abogado en su oficina, lo había buscado para solicitarle una ayuda que le permitiera salir de su precaria situación económica, pues era Gaitán su más grande esperanza, el personaje más admirado por él, por su familia y amigos. En la novela de Miguel Torres, los recuerdos que tiene Roa de encuentros con Gaitán son rememoraciones que trazan su actuar, marcan las pulsiones que despiertan en Roa admiración, decepción, desesperanza, y finalmente un profundo rencor que concluye con la resignación. La novela, presenta una metamorfosis en la relación Roa-Gaitán, inspirada por las ambivalencias propias de un personaje público, las cuales generan en Roa una confrontación constante con la angustia de aceptar que su realidad es inalterable.

En las diferentes narraciones existe una incisión definitiva en la relación que Roa establece con Gaitán, marcada por la negativa de Gaitán a la solicitud de ayuda que le hace Roa a fin de conseguir un empleo. En *El crimen del siglo* la entrevista que le concede el abogado al joven Roa en su oficina se presenta como un foco que motiva la venganza, un recuerdo que posibilita el momento de empuñar el arma. En este momento se escenifica el empeño de Roa por cambiar su suerte, Roa ha depositado todas sus esperanzas en Gaitán, pues es el hombre llamado a redimir la injusticia y la inequidad. Su solicitud a Gaitán no le sirvió ni para recibir un buen consejo; el político le recomienda escribir una carta al presidente Mariano Ospina Pérez (carta que se encuentra archivada en el expediente del caso del asesinato); la negativa al grito de auxilio, arrojó a su futuro magnicida a las manos del mayor enemigo político del gaitanismo. La voz firme y persuasiva del litigante se quedó vacía; la esperanza que ofrecía con firmeza en la plaza pública se hizo corta en su oficina. «Frasas de un político que por “no ser un hombre sino un pueblo”, se volvió incompetente para hablar con quien no fuera un pueblo sino un hombre, un simple Juan escindido de la muchedumbre» (Duque, 1997: 117).

El poder retórico de Gaitán, su persuasión, el hablar pausado y decisivo no sirvió con Roa Sierra; el político que quiso ser un pueblo murió en manos del pueblo mismo, murió con Juan Roa Sierra y otros centenares de personas. La novela de Miguel Torres es la apertura del “Bogotazo”, escenifica los móviles sociales que desatan los hechos ocurridos el 9 de Abril de 1948, presenta a Roa como símbolo de la sociedad, un ser que alberga en su individualidad la tragedia colectiva. La construcción histórica y sus investigadores han buscado esclarecer los acontecimientos, sin embargo, la incertidumbre sobre el móvil que generó el asesinato del líder político ha posibilitado diversas especulaciones de influencias variables en la construcción histórica.

Es Jorge Eliécer Gaitán la realización del sueño de Juan Roa, el hombre nacido en una familia humilde que logra convertirse en un héroe nacional, en el vocero de los humildes; es la voz y el rostro de quienes no tenían voz ni rostro. Esto era lo que más atormentaba al joven Roa.

En la novela, a pesar de su rencor, la imagen de Gaitán intimida a Roa, pues había sentido y quizá sentía aún por “el Negro”, como llamaban al líder político, un profundo respeto; era difícil tomar la decisión definitiva de matar al caudillo. En el cierre de *El crimen del siglo*, al igual que al principio, las reflexiones de Roa Sierra lo hacen concluir que no quiere entablar un pronto encuentro con la muerte. Pero ya no hay posibilidades de cambio, esta vez no se enfrenta al Salto del Tequendama, sino que tiene que resignarse al destino preescrito. La novela lo obliga a concluir como lo determinó la historia en 1948. Roa finalmente se resigna a la idea de que matar al líder político no es desafiar su destino sino realizarlo. Con la resignación de Roa no solo muere su esperanza, también la de Gaitán y la de todos los gaitanistas. Ahora Roa y el pueblo han de aprender a matar.

La tragedia de Roa es universal, es una representación de la humanidad que se encuentra atada a la condición de morir o matar, y en el peor de los casos, de matar y morir. ¿Asesino o héroe? Torres (2006: 156) cuenta:

Es verdad que él, Juan Roa Sierra, ansiaba ser un héroe, pero un héroe vivo, y así cumpliera la misión para la que la vida lo tenía destinado, si eso le costaba la vida, ¿qué ganaría con su sacrificio? Nada. Con el miedo que le tenía a la muerte. Tal vez acabaría

convertido en el cadáver tristemente célebre de un vil asesino, y en ese caso, adiós honores, adiós gloria.

Pero la resignación de Roa de convertirse en asesino tan solo termina siendo una trampa más de su destino, pues en la novela no es él quien dispara contra el político y aun así tiene que pagar el precio de estar dispuesto a hacerlo, justo en la escena del gran asesinato. Creyéndose predestinado para la infamia también en ese terreno es despojado. De esta manera las indagaciones que le hace Roa a Juan Umland sobre su suerte inmediata quedan resueltas en la cruenta conclusión de la autopsia que se le realiza (UN: caja 47, fol. 30-31):

Conclusiones: el individuo a que se refiere esta diligencia murió de choque inhibitorio, por los intensos dolores que le produjeron las múltiples contusiones que recibió en el lapso de pocos minutos. No había en este cadáver ninguna deformidad física, ni vicio congénital en su conformación orgánica como las que suelen observarse en los degenerados psíquicos.

La historia parece que mereciera o escogiera a sus protagonistas. Esa elección no está determinada por cualidades, sino que más bien parece la selección arbitraria de inusitados y juguetones duendes. A ella se ha llegado por la gloria, a esta primera categoría pertenecen, por ejemplo, Alejandro Magno, conquistador en plena juventud de casi todo el territorio conocido; Colón, empobrecido si se quiere al final de sus días, pero finalmente reconocido de manera universal; Napoleón, conquistando territorios y deponiendo monarquías a lo largo de Europa a nombre de los ideales de la Revolución Francesa para aspirar a ser más rey que los reyes; Bolívar o San Martín en América, indiscutidos como libertarios a pesar de conocidas dificultades. Pero a la historia también se puede acceder por la infamia, y esta es una segunda categoría. Hitler, referencia obligada de la descalificación de todos los tiranos del siglo XX, es su arquetipo. Aún la literatura rescata esta categoría cuando, por ejemplo, Jorge Luis Borges escribe su *Historia universal de la infamia*. Una tercera categoría de aspirantes a la historia por reconocidas obras o hechos pasan por periodos de olvido o son arrojados de ella; Sandro Boticelli permaneció con sus obras escondidas en los depósitos de las galerías de arte italianas sin lograr ver la luz

por más de un centenar de años. Existe además una cuarta categoría de personajes, merecedores por sus hechos a aspirar a la historia pero excluidos sistemáticamente de ella. No se les reconoce gloria, infamia ni olvido, no son dignos ni siquiera del repudio, simplemente parecen no haber existido, son precisamente los escindidos de ella. Juan Roa Sierra, en nuestro caso, corre exactamente ese riesgo.

Mientras Gaitán entra, por el mismo hecho histórico, al templo de la gloria, Roa Sierra ha estado a punto de ser declarado inocente por más de un autor y, por tanto, condenado al desvanecimiento eterno. Hegel (1980: 77) ha escrito sobre los ideales personales y sus frustraciones; en la introducción general de sus *Lecciones* afirma:

Nada más frecuente ni corriente que el lamento de que los ideales no pueden realizarse en la efectividad —ya se trate de ideales de la fantasía o de la razón— ; y, en particular, de que los ideales de la juventud quedan reducidos a ensueños por la fría realidad. Estos ideales que así se despeñan por la derrota de la vida en los escollos de la dura realidad, no pueden ser, en primer término, sino ideales subjetivos y pertenecen a la individualidad que se considera a sí misma como lo más alto y el colmo de la sagacidad. Pero estos ideales no son los ideales de que aquí tratamos. Pues lo que el individuo se forja por sí, en su aislamiento, puede no ser ley para la realidad universal; así como la ley universal no es solo para los individuos, los cuales pueden resultar menoscabados por ella. Puede suceder, sin duda, que tales ideales no se realicen. El individuo se forja con frecuencia representaciones de sí mismo, de los altos propósitos y magníficos hechos que quiere ejecutar, de la importancia que tiene y con qué justicia puede reclamar y qué sirve a la salud del mundo. Por lo que toca a tales representaciones digo que deben quedar en su puesto. Cabe soñar de sí mismo muchas cosas que no son sino representaciones exageradas del propio valor. Cabe también que un individuo sea injustamente tratado. Pero esto no afecta para nada a la historia universal, a la que los individuos sirven como medio de su progresión.

Esta cita refleja la concepción progresista de la historia que justifica la exclusión de un personaje como Juan Roa. Sin embargo, cuando se mezcla el tiempo histórico con el tiempo mítico, la construcción de

la memoria colectiva da otro resultado. La posibilidad constante de actualización del mito es lo que lo transforma en una imagen propensa a reencarnar en diferentes contingencias históricas. Ejemplo de esto es la escena en la droguería Granada, cuando le preguntan a Roa Sierra la motivación que tuvo para cometer el crimen y el responde: “Ay, señor, cosas poderosas que no le puedo decir” (en Duque, 1997: 120), esta frase se ha retratado de múltiples maneras en las diferentes épocas y carga a Roa de un misticismo que ya le es propio. Azula (1998: 393) desarrolla este punto así:

¿Cuál fue el móvil de su crimen? ¿Era un magnicida, un loco que obraba por su cuenta, o detrás de él se movía una vasta conjuración política, interna o internacional, que lo empleó como instrumento para desencadenar los sucesos? [Cuando ingresó a la droguería Granada] Alguien trató de interrogarlo en el interior. “No me hable —contestó—, ¿no ve que estoy incomunicado? Y como un segundo interpelante le preguntara el porqué de su crimen, respondió: “Móviles de lo alto”.

Esta versión del último diálogo de Juan Roa Sierra con los empleados de la droguería no corresponde con los testimonios dados por ellos, pero es interesante porque permite observar la mutabilidad mítica del hecho histórico que se da en la práctica de los discursos sociales y de los intereses políticos.



El cristianismo inaugura el tiempo histórico en el tiempo mítico en la medida en que incrusta este último en una era bien establecida de la historia. Cristo se aparece a los hombres como la manifestación de Dios en un tiempo delimitado. Es tal esa fuerza emergente que el calendario se divide en el tiempo, antes y después de Cristo. De una manera paralela, guardadas las proporciones, el mito Gaitán biseca el fenómeno de la violencia para hacerlo aparecer como un proceso generado luego de su asesinato. La violencia, continua desde el siglo XIX en Colombia y hasta nuestros días, parece como la manifestación de una doble causalidad: antes y después de Gaitán. A propósito, Hernando Téllez (1956: 47) plantea

Las mutaciones históricas carecen de día fijo o determinado. No se presentan con el rigor y la exactitud de los aniversarios. Van

modulándose, como una reiteración musical en la sinfonía, a través del proceso, a través del tiempo. El *antes* y el *después*, dentro de su vaguedad cronológica, instituyen la única posibilidad abstracta con que nos batimos racionalmente en el empeño de ser concretos y de tomar a la historia por el cuello y hacer en su cuerpo algunos cortes quirúrgicos. ¿Antes de qué y después de qué?

El historiador Marc Bloch nos recuerda que el cristianismo es una religión de historiadores. Mientras otras religiones fundan sus creencias fuera del tiempo humano, “por libros sagrados, los cristianos tienen libros de historia, y sus liturgias conmemoran, junto con los episodios de la vida terrestre de Dios, los fastos de la Iglesia y de los santos” (Bloch, 2001: 42). Además de esta vivencia histórica del mito, el historiador establece otra relación:

El cristianismo es además histórico en otro sentido, tal vez más profundo: colocado entre la Caída y el Juicio Final, el destino de la humanidad aparece ante sus ojos como una larga aventura, de la que cada vida individual, cada “peregrinación” particular es a su vez un reflejo. Es en la duración, por lo tanto en la historia, que se desarrolla el gran drama del pecado y de la redención, eje central de toda meditación cristiana.

La forma en la que los dos personajes —Roa y Gaitán— son asumidos por la historia es diferente y, aun así, la imagen de Gaitán ha necesitado de la de Roa como Jesús de Judas; aunque acá, si bien es Gaitán el inmolido, es Juan Roa quien tiene que cargar la cruz y no logra redimir nada con su muerte. Es la historia de una peregrinación y puede verse como un mito de caída.

Jacques Le Goff nos recuerda que la memoria apunta a salvar el pasado a fin de servir al presente y al futuro, por eso, “se debe actuar de modo que la memoria colectiva sirva a la liberación, y no a la servidumbre de los hombres” (Le Goff, 1991: 183). Ahora bien, el pensador Estanislao Zuleta (2001: 20) nos dice:

Vamos pues a invertir la proposición de San Juan en su Evangelio y poner exactamente la contraria: no es verdad aquello de que “la verdad os hará libres”, porque faltaría todavía saber quién la tiene. Más bien es verdad lo contrario: la libertad os hará veraces,

os obligará a tener que demostrar. No os permitirá refugiarnos en una autoridad.

Juan Roa Sierra no es *el amado de Jesús*, es el olvidado de la historia. No obstante, es él quien nos recuerda que *la libertad nos hará veraces*, que los valores de verdad de los hechos históricos se marcan por la *voluntad de poder*, en términos de Foucault, que determina e institucionaliza la autoridad. El asesino logró que la imagen del caudillo se fijara sobre aquello que pudo ser y no sobre aquello que fue, dejando, en la ambigüedad de la esperanza perdida, la posibilidad de que Gaitán tenga múltiples resurrecciones en la historiografía nacional. El destino, o la historia, vence a Roa, a Gaitán y al proyecto gaitanista, un relato de héroes y demonios unidos por un mismo sino (Torres, 2006: 216):

A Gaitán y a Roa los une la coincidencia de haber nacido en el mismo barrio, con más de veintitrés años de diferencia y a menos de un centenar de metros de distancia. En la vida todo los separa. Uno elige un camino sembrado de espinas, el otro es un juguete en las manos del destino. Los dos son distintos, opuestos, incompatibles como el agua y el aceite. Pero la coincidencia cobra dimensiones extraordinarias cuando el ciclo de sus vidas, al cerrarse, los vuelve a unir en el trágico encuentro que les señala el mismo día, la misma hora y el mismo lugar para morir.

El crimen del siglo narra el preámbulo de un mito que enmarca el mito en sí. Aunque lo narrado en la novela tiene unas coordenadas espacio-temporales, Bogotá 9 de abril de 1948, los personajes y los sucesos adquieren un carácter de universalidad, característica fundamental del símbolo y del lenguaje mítico.

Es Juan Roa Sierra el hombre al que la historia ha desaparecido, por muerte, por ausencia y, sobre todo, por cambio de costumbres. El escritor mexicano Carlos Fuentes (1984: 98) insiste en que debemos conocer nuestro pasado, pues si lo ignoramos

[...] tendremos que afirmar que todo lo duradero de nuestras sociedades fue construido por fantasmas y entonces nosotros mismos seremos fantasmas. Debemos estar listos a recibir el pasado si queremos tener un presente y un porvenir; para que ellos no

sean fantasmas, a nosotros nos corresponde convertirlos en seres humanos a fin de serlo, también, nosotros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Fuente primaria

Universidad Nacional de Colombia [UN]. *Archivo Jorge Eliécer Gaitán*. División de Archivo y Correspondencia, cajas 47 y 48.

Fuentes secundarias

- Alape, A. (1985). *El Bogotazo: memorias del olvido*. Bogotá: Círculo de Lectores.
- Alape, A. (2005). *El cadáver insepulto*. Bogotá: Seix Barral Biblioteca Breve.
- Andrade, M. (2002). *La ciudad fragmentada: una lectura de las novelas del Bogotazo*. Rhode Island: Ediciones Inti.
- Azula, R. (1998). *De la revolución al orden nuevo, proceso y drama de un pueblo*. Bogotá: Fundación Mariano Ospina Pérez.
- Bloch, M. (2001 [1949]). *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Traducción de María Jiménez. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Bloch, M. (2006 [1956]). *Introducción a la historia*. Traducción de Pablo González y Max Aub. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, Brevarios.
- Borges, J. L. (1958). *Historia universal de la infamia*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Duque, L. (1997). Todo lo del pobre es robado. En *El saqueo de una ilusión*. Bogotá: Número.
- Eliade, M. (1965). *Imágenes y símbolos: ensayos sobre el simbolismo mágico-religioso*. Traducción de Carmen Castro. Madrid: Taurus.
- Fuentes, C. (1984). Las culturas portadoras de la vida posible. *Nueva Sociedad*, 73, 96-98.
- Galán M., R. (1986). *El crimen de abril: lo que no se ha revelado del proceso Gaitán*. Bogotá: Ecoe.
- Garagalza, L. (1990). *La interpretación de los símbolos: hermenéutica y lenguaje en la filosofía actual*. Barcelona: Anthropos.
- Ginzburg, C. (1989 [1986]). Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales. En *Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia* (pp. 176-197). Traducción de Carlos Catroppi. Barcelona: Gedisa.
- Gómez, P. (1951). *El 9 de Abril*. Bogotá: Editorial Iqueima.

- Hegel, G. (1980 [1837]). *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*. Traducción de José Gaos. Madrid: Alianza Editorial.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Le Goff, J. (1991 [1988]). *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Traducción de Hugo Bauzá. Barcelona: Paidós Básica.
- Rodríguez, S. (2008, abril). *El 9 de Abril en las políticas de la memoria oficial: el texto como dispositivo del olvido*. Ponencia presentada en el Simposio Mataron a Gaitán: 60 años, realizado en la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.
- Semana*. (1948, abril 17 al 24).
- Téllez, H. (1948, abril 17). *Revista Semana*.
- Téllez, H. (1956). *Literatura y sociedad*. Bogotá: Mito.
- El Tiempo*. (1948, abril 12).
- Torres, M. (2006). *El crimen del siglo*. Bogotá: Seix Barral Biblioteca Breve.
- Zuleta, E. (2001). *Arte y filosofía*. Medellín: Hombre Nuevo Editores.

Anexo:
CARTA DE RICARDO RENDÓN A SU HIJA

Este texto es una carta escrita el 17 de abril de 1948, 8 días luego del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Nos fue confiada por Liliam Arenas, bisnieta del señor Ricardo Rendón, quien la dirige a su hija Cecilia Rendón de Arenas en Cumaca, Cundinamarca. La presentamos como anexo al artículo "Juan Roa Sierra: persistencia de un fantasma o la evanescencia del mito" de la antropóloga Laura Ramírez. La transcripción ha conservado todas las características del documento original (*verbatim*), por tratarse de una carta personal.



Bogotá, Abril 17 de 1948

Señora Doña
Cecilia Rendón de Arenas
Cumaca

Querida hijita:

Recibí su cartica de fecha 31 del pasado mes.

No quiero entrar ahora en detalles sin importancia.

Ya ustedes se han dado cuenta del estado sangriento y feroz que vive la República, pero es pálido ante el desastre que ha sufrido Bogotá; en los años que he vivido yo, hallándome en toda clase de calamidades: pedradas, guerras, asonadas, epidemias, mortandades y muchos hechos terribles más, son nada todos juntos en comparación de lo que ha sucedido desde el 9 del presente mes en Bogotá, hasta la fecha. A la una de la tarde del 9, estaba yo almorzando cuando la radio dio la noticia de la muerte del Dr. Gaitán, inmediatamente que acabé de almorzar me salí para informarme qué había de cierto y también para ir a mi puesto, ya la plaza la habían cerrado, en la misma plaza me estuvieron ofreciendo un machete para entrar en la revuelta, pero yo no quise aceptar el machete, lo uno por ser empleado oficial y lo otro porque yo ya conozco esta clase de movimientos, así que la ciudadanía estaba

ya provista de machetes, cuchillos y toda clase de armas blancas. Inmediatamente la muchedumbre asaltó las quincallerías y almacenes donde se proveyeron de toda clase de instrumentos que sirvieran de arma, como hachas, garlanchas, picas, llaves de acueducto, tubos, uñas de llevar basuras, escopetas, lingotes de hierro, en fin, todo instrumento que sirviera de ataque y de defensa, de tal suerte que llegó el momento aterrador, desolador, macabro, terrible, temible, imposible de describir; y viene la lucha, el ataque en todo sentido contra personas y bienes en general, el saqueo nunca imaginado ni nunca visto, oído ni leído por mí, aterrador, creo que el infierno, si existe, le queda chiquito a lo que yo pueda describir; los estancos saqueados y a beber, sin tasa ni medida, almacenes de rancho y licores, sin dejar ni las estanterías, cuyos maderos servían de arma; luego, con todos los mismos instrumentos contundentes, rompían los cristales de las vitrinas y lujosos almacenes, y viene el saqueo general sin contemplación de ninguna clase, los incendios, todo aterrador, desolador, y los trasteos, sin que nadie pudiera decir nada. La calle real desde la Iglesia de la Catedral hacia el norte, incendio general en toda su extensión, Calle 13 hasta la estación de la sabana Carrera 11 entre 11 y 1.^a, calle 12 de la carrera 8.^a al occidente, el almacén Tía ni para qué decir, todos los almacenes de calzado de la calle 10.^a desde la carrera 8.^a hasta la carrera 10.^a, en fin, para no fatigar, más de la mitad de la Ciudad en ruina general. Y viene ahora la mortandad, qué decir de esto: horror, horror, horror.

La prensa y la radio Nacional dicen que son unos trecientos los muertos, pero yo le calculo mucho más de mil, total desolación, tristeza, miseria, llanto, silencio, horror, horror, todo lo que le dejo dicho no se lo imagina tal como es la realidad; entre los muertos conocidos hasta el momento está en primer término José Portilla el marido de Maruja, y Leonidas Navarrete.

Ahora le describo mi odisea, afortunadamente, fuera de José, en nosotros no hay ninguna novedad; para poderme trasladar a la casa del centro de la ciudad me tocó ir hasta el barrio de Egipto y seguir por Belén y luego el camino del barrio Buenos Aires y llegué a casa a las 5 de la tarde, pero no encontré en la casa a Ricardo lo que me puso en zozobra y alarma, pero llegó a las 7 de la noche sin novedad. Al día siguiente, al día siguiente me salí al trabajo, pero

el tiroteo me impidió llegar a la plaza. Al día siguiente fui con Ricardo a conseguir pan y estábamos comprándolo por una ventana en la calle 4.^a (panadería de la Polaca), cuando fuimos sorprendidos con una descarga por los soldados del ejército. En este lugar estábamos tres hombres: Ricardo, otro desconocido para nosotros y yo, como no nos tocaba morir salimos ilesos, pero el otro quedó muerto al pie nuestro. Al día siguiente Ricardo salió conmigo para acompañarme al trabajo, pero el tiroteo no nos dejó llegar sino hasta la calle 6.^a con carrera 9.^a, lugar donde había tendada de muertos, así que no pudimos saber la suerte de Inés, pero después de penalidades y escasez, ella está bien.

Yo estoy trabajando pero bajo el régimen militar, es decir, el ejército es quien nos manda y tenemos que obedecer sus órdenes.

La jornada para ir al trabajo es a pie desde cualquier barrio pues los tranvías fueron incendiados la mayor parte y las líneas destruidas, las horas de trabajo son de las 8 de la mañana a las 3 de la tarde en jornada continua; los víveres que hay, digo mal, los pocos que quedaron, están a precios elevadísimos, la situación alimenticia de Bogotá es alarmantísima.

Cuénteme cuál es la situación de Uds.

Reciba saludes de todos, junto con nuestro deseo de que estén sin novedad.

Su padre,

Ricardo Rendón

Carrera 2.^a N° 9-23 sur